

a



9

LOS MISERABLES

PRIMERA PARTE.

FANTINA.

Dr. Fantina Fournier

LIBRO PRIMERO.

Un justo.

I.

Mr. Myriel.



N 1815, Mr. Carlos Francisco-Bienvenido Myriel era obispo de Digne; habia cumplido setenta y cinco años y ocupaba la silla episcopal desde 1806.

Aunque este detalle no interesa al fondo de lo que vamos á relatar, quizás no será inútil, para ser exactos en todo, indicar aquí los rumores y los propósitos que circularon respecto á él cuando llegó á tomar posesion de su diócesis. Lo que se dice de cada hombre, sea verdadero ó falso, ocupa tanto sitio en su

existencia como lo que cada hombre hace. Mr. Myriel era hijo de un consejero del Parlamento de Aix, que pertenecia á la nobleza de la toga. Creíase que su padre, destinándole á heredar su cargo, le hizo casar muy jóven, á los diez y ocho años, insiguiendo en la costumbre admitida entre las familias de la magistratura. Se murmuraba que Carlos Myriel, á pesar de su matrimonio, habia dado motivo para que hablasen de él. Era de buena presencia, aunque de corta estatura, elegante, gracioso é inteligente; y la primera parte de su vida la consagró por entero al mundo y á la galanteria.

Sobrevino la revolucion; precipitáronse los sucesos; las familias de la magistratura antigua fueron diezmadas, perseguidas, acosadas, y se dispersaron. Carlos Myriel, desde los primeros dias de la revolucion, emigró á Italia y allí murió su mujer de una enfermedad en el pecho, de la que estaba ya herida largo tiempo. No tuvo hijos. ¿Qué es, pues, lo que hizo cambiar el destino de Myriel?

El hundimiento de la antigua sociedad francesa, la caída de su propia familia, los trágicos espectáculos del 93, más espantosos todavía para los emigrados, que los veían desde lejos con el aumento con que los abultaba el terror, ¿hicieron germinar en él ideas de recogimiento y de soledad? Entre las distracciones y las afecciones que le ocupaban la vida, ¿sintióse quizás súbitamente herido por uno de esos golpes misteriosos y terribles, que trastornan á veces al hombre que no conmoverían las catástrofes públicas si le hiriesen en su existencia ó en su fortuna? Se ignoraba; solo sabían de él que regresó de Italia siendo ya sacerdote.

En 1804 desempeñaba el curato de Brignolles: era ya anciano y vivía completamente retirado.

Hácia la época de la coronación de Napoleon, un asunto del curato, no se sabe cuál, le hizo ir á Paris, y entre otras personas poderosas, cuyo apoyo solicitó para sus feligreses, fué á visitar al cardenal Fesch. Un día que el emperador fué á ver á éste, su tío el digno cura, que estaba esperando en la antesala, se halló al paso de su majestad imperial. Napoleon, que vió que el anciano le contemplaba con cierta curiosidad, se volvió y dijo bruscamente:

—¿Quién es ese buen hombre que me mira?

—Señor, le contestó Mr. Myriel, vos mirais á un hombre bueno y yo miro á un grande hombre. Cada uno de nosotros puede aprovecharse de lo que mira.

El emperador, la misma noche pidió al cardenal el nombre de aquel cura, y algun tiempo despues quedó sorprendido Mr. Myriel al recibir el nombramiento de obispo de Digne.

¿Qué habia de cierto en el resto de las murmuraciones referentes á la primera parte de la vida de Mr. Myriel? Nadie lo sabia, porque muy pocos conocieron á su familia antes de la revolucion.

Myriel debía sufrir la suerte de todo el recién llegado á una poblacion pequeña, en donde hay muchas bocas que hablan y pocas cabezas que piensan; debía sufrirla, aunque fuera obispo, y precisamente porque era obispo. Pero despues de todo, las hablillas en que se mezclaba su nombre no pasaban de ser hablillas; rumores, palabras sueltas, nada.

Sea de esto lo que fuere, despues de nueve años de episcopado y de residencia en Digne, todas las murmuraciones que ocupan en los primeros momentos á

las gentes de las poblaciones pequeñas cayeron en profundo olvido, y nadie hubiera ya atrevido á hablar de ellas, ni aun á recordarlas.

Mr. Myriel llegó á Digne en compañía de una solterona, la señorita Baptistina, que era hermana suya y tenía diez años menos que él. Por toda servidumbre llevó una criada, de la misma edad que la señorita Baptistina, llamada Magloire, la que, despues de haber sido ama del señor cura, tomaba desde entonces el doble título de doncella de la señorita y ama de llaves de su ilustrísima.

La señorita Baptistina era larga, pálida, delgada y bondadosa; realizaba el ideal de lo que expresa la palabra *respectable*, porque parece que es preciso que una mujer sea madre para ser *venerable*. Jamás fué hermosa, pero su vida, que constituía una série de obras buenas, acabó de extender sobre ella como una especie de blancura y claridad, y al envejecer habia adquirido lo que se pudiera llamar la belleza de la bondad. Lo que fué flacura en su juventud, en su madurez se convirtió en transparencia, al través de la que se veía, no á la mujer, al ángel: era más un alma que una virgen. Parecia creada á la sombra: apenas tenia bastante cuerpo para que en él hubiera sexo; era un puñado de materia que encerraba una llama; era un pretexto para que un lama permaneciese en el mundo.

La señora Magloire era una viejecilla blanca, gruesa, repleta, muy hacendosa; siempre jadeante por su gran actividad y á causa del asma que padecía.

A la llegada de Mr. Myriel le instalaron en el palacio episcopal con todos los honores dispuestos por decretos imperiales, que clasificaban á los obispos inmediatamente despues de los mariscales de campo. El maire y el presidente le hicieron la primer visita, y él visitó al general y al prefecto.

Cuando terminó la instalación, la ciudad esperó á ver cómo se portaba su obispo.

II.

Mr. Myriel se convierte en monseñor Bienvenido.

El palacio episcopal de Digne estaba contiguo al hospital. El palacio episcopal era vasto y hermoso edificio de piedra, construido al principio del último siglo por monseñor Enrique Puget, doctor en Teología de la facultad de Paris y

abad de Simore, que fué obispo de Digne en 1712. Dicho palacio era una verdadera residencia señorial. Todo en él ofrecía aspecto de grandeza; las habitaciones del obispo, los salones, las habitaciones interiores, el patio de honor, muy ancho, con galerías de arcos, segun el gusto florentino, y los jardines plantados de magníficos árboles.

En el comedor, que era una larga y soberbia galería del piso bajo, con salida á los jardines, monseñor Enrique Puget dió el 29 de Julio de 1714 un gran banquete de ceremonia á sus eminencias Carlos Brulart de Genlis, arzobispo príncipe de Embrum; á Antonio de Mesgrigny, capuchino, obispo de Grasse, y á Felipe de Vendôme, gran prior de Francia y abate de Saint-Honoré de Leriús; á Francisco de Berton, obispo, baron de Vence; á César de Sabrán de Forcalquier, obispo, señor de Glandeve, y á Juan Soanen, sacerdote del oratorio y obispo y señor de Senez. Los siete retratos de dichos reverendos personajes decoraban aquella sala, y la memorable fecha del 29 de Julio de 1714 estaba allí grabada con letras de oro en una lápida de mármol blanco.

El hospital era una casa estrecha y baja, de un solo piso, con un pequeño jardín.

A los tres dias de su llegada el obispo visitó el hospital; cuando terminó la visita, suplicó al director que tuviese la bondad de ir á palacio.

—Señor director del hospital, le dijo, ¿cuántos enfermos teneis en este momento?

—Veintiseis, monseñor.

—Esos son los que yo he contado, contestó el obispo.

—Las camas, repuso el director, están demasiado próximas unas de otras.

—Tambien lo noté.

—Las salas son una especie de celdas, en las que el aire se renueva difícilmente.

—Así me lo parece.

—Despues, cuando penetran los rayos del sol, el jardín es muy pequeño para los convalecientes.

—Eso es.

—En épocas de epidemia, y hemos tenido este año el tifus y la fiebre miliar, se nos juntaron más de cien enfermos, y el local era insuficiente.

—Tambien me ha ocurrido esa idea.

—Pero es preciso resignarse, monseñor. Pasaba esta conversacion en la galería comedor del piso bajo. El obispo calló

un momento, y despues se volvió bruscamente hácia el director del hospital y le preguntó:

—¿Cuántas camas creéis que podrán caber en esta sala?

—En el comedor de monseñor? exclamó el director estupefacto.

El obispo recorria la sala con la vista y parecia que tomaba medidas con los ojos y que hacia sus cálculos.

—Bien cabrán veinte camas, dijo como hablando consigo mismo; luego, levantando la voz, añadió:

—Evidentemente, señor director, aquí hay mala distribucion. En el hospital sois veintiseis personas repartidas en cinco ó seis cuartos pequeños. Nosotros somos tres aquí y tenemos sitio para sesenta. Vos teneis mi casa y yo la vuestra; devolvedme, pues, la mia, que aquí estoy en la vuestra.

Al dia siguiente los veintiseis pobres enfermos fueron instalados en el palacio episcopal, y el obispo se trasladó al hospital.

Mr. Myriel carecia de bienes, porque la revolucion arruinó á su familia. Su hermana cobraba la renta vitalicia de quinientos francos, que bastaba para su gasto personal, y él percibia, como obispo, del Estado quince mil francos. El dia mismo en que se instaló en el hospital, determinó de una vez para siempre el empleo de esa suma en la forma siguiente:

“Nota para arreglar las cuentas de mi casa:

Para el pequeño seminario..	1500	libras.
Congregacion de la misión.	100	“
Para los lazaristas de Montdidier..	100	“
Seminario de las misiones extranjerias en Paris.	200	“
Congregacion del Espiritu-Santo..	150	“
Establecimientos religiosos de Tierra Santa.	100	“
Sociedades de caridad maternal..	300	“
Idem para las de Arlés.	50	“
Obra para la mejora de las prisiones..	400	“
Obra para alivio y rescate de los presos.	500	“
Para librar á los padres de familia presos por deudas.	1000	“
Suplemento á la asignacion de los maestros de		

A. Fontaine Goussier

escuelas pobres de la diócesis.	2000 libras.
Casa-depósito de los Altos Alpes.	100 "
Congregacion de señoras de Digne, de Manosque y Sisteron, para la enseñanza gratuita de niñas indigentes.	1500 "
Para los pobres.	6000 "
Mi gasto personal.	1000 "
TOTAL.	15000 "

Durante todo el tiempo que ocupó el obispado de Digne nada cambió de este primero y definitivo arreglo. Llamaba á esto, como acabamos de ver, *tener arreglados los gastos de su casa*. Estos fueron aceptados con absoluta sumision por la señorita Baptistina, porque para aquella santa mujer, monseñor era á la vez su hermano y su obispo, su amigo segun la naturaleza y su superior segun la Iglesia; le queria y á la vez le veneraba. Cuando él hablaba, le obedecia ciegamente; cuando obraba, se adheria ella á sus obras. Unicamente la señora Magloire murmuraba algunas veces. El obispo para sus gastos solo se reservaba mil libras, que, unidas á la pension de la señorita Baptistina, sumaban mil quinientos francos cada año, y con esta cantidad insignificante vivian aquellas dos mujeres y aquel anciano.

Cuando algun cura de aldea iba á Digne, todavia el obispo encontraba medio de obsequiarle, gracias á la severa economía de la señora Magloire y á la inteligente administracion de la señorita Baptistina.

Un dia, al estar cerca de tres meses en Digne, dijo el obispo:

—Con tanto gasto vivo con bastante estrechez.

—Ya lo creo, contestó con rapidez la señora Magloire: monseñor ni siquiera ha pensado en reclamar la renta que el departamento le debe para sus gastos de coche en la ciudad y de visitas á la diócesis. Esto era lo que hacian los obispos en otros tiempos.

—Es verdad, teneis razon, señora Magloire, replicó el obispo, y presentó su reclamacion.

Algun tiempo despues, el Consejo general, tomando esta demanda en consideracion, votó para que se le concediera la cantidad de tres mil francos, por asignacion, á su ilustrísima el obispo, para gastos de carruaje, de correo, de postas y de visitas pastorales.

Esta asignacion indignó hasta cierto punto á la clase media de la ciudad, y un senador del Imperio, antiguo miembro del Consejo de los Quinientos, favorable al 18 Brumario y que poseia en la poblacion de Digne magnifica senaduría, escribió al ministro de Cultos una carta confidencial muy irritado, de cuya carta extractamos las siguientes líneas auténticas:

—“Gastos de carruaje!... ¿Para qué, en una poblacion de menos de cuatro mil habitantes? Gastos de viaje!... ¿Para qué hacen falta esos viajes? ¿Ni cómo se ha de correr la posta en un pais montañoso, en el que no hay carreteras, ni se puede caminar más que á caballo? El puente de Durance á Chateau-Arnoux apenas puede sostener las carretas de bueyes. Todos los clérigos son lo mismo, avarientos y ambiciosos. Este cuando llegó parecia un buen apóstol, pero ahora hace lo mismo que los demás; necesita ya carruaje y silla de posta, desea ya el lujo de los antiguos obispos. Señor Conde, esto no irá bien hasta que el emperador nos libre de las sotanas. ¡Abajo el Papa! (Los asuntos de Roma estaban entonces embrollados.) En cuanto á mí, me parece que todo debia ser del César, etcétera.”

La nueva pension en cambio regocijó á la señora Magloire.—Me alegro, dijo á la señorita Baptistina, que monseñor comenzara por arreglar á los otros y que acabe por arreglarse á sí mismo, porque despues de dar tanto á la caridad, estos tres mil francos serán para nosotros.

Aquella misma noche, el obispo escribió y remitió á su hermana una nota concebida de este modo:

“Gastos de coche y de viaje.

Para dar caldo de carne á los enfermos del hospital.	1500 libras.
Para la sociedad de caridad maternal de Aix.	250 "
Para la sociedad de caridad maternal de Draguiñan.	250 "
Para los niños expósitos.	500 "
Para los huérfanos.	500 "
TOTAL.	3000 "

Tal fué el presupuesto del señor obispo.

Los derechos episcopales, como dispensa de amonestaciones y de parentesco, predicaciones, bendiciones de iglesias ó de capillas, de matrimonios, etc., monse-

ñor los cobraba á los ricos con tanto rigor como prontitud tenia para socorrer á los pobres.

Al poco tiempo afluyeron las ofrendas en dinero: los que tenian y los que carecian de él llamaban á la puerta de Mr. Myriel, unos para pedir limosna y los otros para depositar dinero. El obispo, antes de un año, se convirtió en tesorero de todos los bienhechores y en cajero de todos los necesitados. Grandes cantidades pasaban por sus manos, pero no consiguieron que modificase su género de vida, ni que añadiese nada supérfluo á lo que era estrictamente necesario.

Lejos de esto, como siempre hay más miseria abajo que fraternidad arriba, todo estaba, por decirlo así, dado antes de recibirlo.

Es costumbre que los obispos encabezen con sus nombres de bautismo sus escritos y las cartas pastorales, y los pobres del pais eligieron por instinto afectuoso, entre los nombres del obispo, el que tenia significacion más adecuada, y solo le designaban con el de monseñor Bienvenido. Haremos, pues, lo mismo que los pobres de su feligresía y le llamaremos del mismo modo siempre que se ofrezca la ocasion. Al obispo le complacia que le llamasen así.

—Me gusta ese nombre, decia; Bienvenido suaviza á monseñor.

No pretendemos que el retrato que bosquejamos aquí sea verosímil: nos limitamos á decir que es parecido.

III.

A buen obispo, mal obispado.

No porque monseñor Bienvenido de-
dicara los gastos de carruaje á limosnas dejaba de hacer las visitas pastorales. Era fatigosa la diócesis de Digne. Hay en ella pocas llanuras y muchas montañas y carencia casi absoluta de caminos, y abarca treinta y dos curatos, cuarenta y un vicariatos y doscientas ochenta y cinco sucursales. Era asunto árduo hacer tan larga visita, pero su ilustrísima la verificaba; cuando el punto que queria visitar estaba cerca iba á pié, en tartana cuando era en el llano y en carro de violin cuando era por la montaña. Las dos mujeres le acompañaban casi siempre, excepto cuando el camino era muy penoso, que entonces iba solo.

Llegó un dia á Senez, que es antigua ciudad episcopal, montado en un burro.

Su bolsa, escueta en aquellos momentos, no le permitió otra montura. El maire de la ciudad salió á recibirle, y escandalizado le vió apearse del burro. Algunos vecinos se reian á su alrededor.

—Señor maire, dijo el obispo, y vosotros, señores regidores, conozco qué es lo que os escandaliza; creéis que tiene mucho orgullo el pobre sacerdote que viene á caballo en una cabalgadura que fué la que sirvió á Jesucristo. Por necesidad la usé, no por vanidad, os lo aseguro.

En estos viajes era indulgente, bondadoso, y predicaba menos que conversaba. Nunca buscaba lejos ni argumentos ni modelos. A los habitantes de un pais les señalaba el ejemplo de los del pais inmediato. En los cantones en que veia poca caridad para con los necesitados, decia:

—Ved lo que han hecho los vecinos de Bianzon. Han concedido á los pobres, á las viudas y á los huérfanos el derecho de segar sus campos tres dias antes que los de los demás. Les reconstruyen gratuitamente las casas cuando amenazan ruina. Aquel es un pais bendito de Dios. Durante un siglo no se ha cometido allí ni un solo asesinato.

En los pueblos avaros y codiciosos decia:

—Ved lo que hacen los habitantes de Embrun. Si al tiempo de la recoleccion se encuentra un padre de familia con que sus hijos están sirviendo en el ejército, y sus hijas sirviendo en la ciudad, y él enfermo é impedido, el cura lo recomienda en el púlpito, y el domingo, despues de misa, todas las gentes del lugar, mozos, mujeres y muchachos, van al campo del pobre, hacen su siega y le llevan y le colocan la paja y el grano en sus trojes y en sus graneros.

A las familias divididas por cuestiones de intereses y de herencia, les decia:

—Ved lo que hacen los montañeses de Devolny, pais tan agreste que en él no se oye cantar un ruiseñor en cincuenta años. Pues bien; cuando el padre muere, los hombres de su familia se van á buscar fortuna, y dejan sus bienes á las mujeres solteras para facilitarlas encontrar marido.

En las comarcas aficionadas á litigios, en las que arruinaba á los arrendatarios el papel sellado, solia decir:

—Ved lo que hacen los excelentes campesinos del valle de Queyras. Viven allí unas tres mil almas, pero viven como si aquello fuera una pequeña re-

pública. Allí no conocen ni al juez ni al alguacil. El maire lo arregla todo; reparte la contribucion, tasa la cuota de cada uno segun su conciencia, juzga gratis las querellas, dicta los fallos sin costas, y todos le obedecen, porque es un hombre justo entre aquellos hombres sencillos.

En los pueblos que no tenian maestro de escuela citaba tambien el ejemplo de Queyras, diciéndoles:

—Sabeis lo que hacen? Como un lugarajo de quince ó veinte casas no puede costear un maestro, tienen maestros de escuela pagados por todo el valle, los que recorren las aldeas, pasando ocho dias en uno y diez en otro, y de este modo enseñan. Estos maestros van á las férias, y algunas veces me he encontrado con ellos. Se les conoce por las plumas de escribir que llevan en los sombreros. Los que enseñan solo á leer, llevan una sola pluma; los que enseñan á leer, escribir y contar, llevan dos, y los que además de eso enseñan latin, llevan tres. Estos son los sábios. Es una vergüenza ser ignorantes. Imitad, pues, el ejemplo de los campesinos de Queyras.

El obispo hablaba grave y paternalmente; á falta de ejemplos inventaba parábolas; iba recto al fin que se proponia; gastaba pocas frases y muchas imágenes, pues su elocuencia era la misma de Jesucristo, convencida y convincente.

IV.

Las obras como las palabras.

Su conversacion era alegre y afectuosa y plegaba la inteligencia hasta nivelarla con la de las dos ancianas que pasaban la vida á su lado, y reia con ellas con la risa de un escolar.

La señora Magloire le llamaba siempre *vuestra grandeza*. Un dia se levantó del sillón y fué á buscar un libro, que estaba en una de las tablas más altas del estante, y como el obispo era de poca estatura, no pudo alcanzarlo. *Señora Magloire*, dijo, *traedme una silla, porque mi grandeza no alcanza á esa tabla*.

La condesa de Ló, parienta lejana suya, enumeraba, siempre que se le presentaba la ocasion, ante él lo que ella llamaba "las esperanzas," de sus tres hijos. Tenia varios ascendientes muy viejos y próximos á morir, de los que sus hijos habian de ser los herederos. El más joven debía heredar de una tia más de

cient mil libras de renta; el segundo debía heredar de un tío el título de duque, y el mayor debía suceder á su abuelo en la dignidad de senador. El obispo oia habitualmente en silencio estos inocentes y disculpables desahogos maternales. Una de las veces, sin embargo, se quedó más pensativo que de costumbre al oír que la condesa de Ló renovaba los pormenores de sus futuras sucesiones, y le interrumpió con cierta impaciencia. —Dios mio! primo, le dijo la condesa, ¿qué estais pensando? —Pienso, le contestó el obispo, en una máxima singular, que creo que es de San Agustin: "Poned vuestra esperanza en aquel á quien nadie hereda."

Otro dia, al recibir la esquila de defuncion de un hidalgo del pais, que incluia en larga relacion, además de las dignidades del finado, todas las calificaciones feudales y nobiliarias de sus parientes, exclamó: —"¡Buenas espaldas tiene la muerte! ¡La hacen llevar la pesada carga de tantos títulos! Es menester que los hombres tengan mucho talento para que logren que la tumba se ocupe de sus vanidades."

Ocurríanle á veces chanzas irónicas, pero suaves, que encerraban siempre un fondo sério. Durante una Cuaresma llegó á Digne un vicario joven y predicó en la catedral. Estuvo bastante elocuente. Su sermón versaba sobre la caridad; invitó á los ricos á socorrer á los indigentes, para precaverse así del infierno, que pintó lo más espantoso que pudo, y para que ganasen el cielo, que presentó halagüeño y apetecible. Entre los oyentes se encontraba un mercader rico y retirado, que era algo dado á la usura, llamado Geborand, que ganó dos millones fabricando paños burdos, sargas y bayetas, y que no habia dado en toda su vida ni una limosna. Desde que oyó dicho sermón se notó que daba todos los domingos un cuarto á las viejas pobres que mendigaban en el pórtico de la catedral, pero eran seis las que se debian repartir la caridad del mercader. El obispo le vió un dia dando su escasa limosna y dijo á su hermana, sonriendo: —"Ahí tienes al señor Geborand comprando un cuarto de paraíso."

Cuando se trataba de la caridad no le acobardaba una negativa, y decia en ocasiones frases que hacian reflexionar. En una ocasion que pedia para los pobres en uno de los salones de la ciudad, hallábase en ellos el marqués de Champiercier, que era viejo, rico y ava-

ro, y que encontró el modo de ser á la vez ultra-realista y ultra-volteriano. Se acercó á él el obispo y tocándole en el brazo, le dijo:

—Señor marqués, es necesario que me deis algo.

El marqués se volvió y le contestó con brusquedad:

—Monseñor, yo ya tengo mis pobres.

—Dádmelos, le replicó el obispo.

Un dia predicó este sermón en la catedral:

—"Queridos hermanos míos: Hay en Francia un millon trescientas veinte mil casas de aldeanos que solo tienen tres aberturas; un millon ochocientas diez y siete mil que no tienen más que dos, la puerta y la ventana; y trescientas cuarenta y seis mil chozas que solo tienen un agujero; la puerta. Esto es por causa del impuesto que se llama de puertas y ventanas. Figuraos que habitan estas cabañas familias pobres, mujeres ancianas y niños, y considerad las calenturas y enfermedades que padecerán. Dios dió el aire á los hombres y la ley se lo vende; no censuro la ley, pero bendigo á Dios. En el Isere, en el Var, en los Alpes Altos y Bajos, los campesinos carecen hasta de carretillas, y transportan el estiércol sobre sus espaldas; carecen de velas, y se alumbran con teas de resina y con cabos de cuerda empapados en alquitran. Eso sucede en todo el territorio alto del Delfinado. Amasan pan para seis meses y lo cuecen con boñiga seca de vaca; en el invierno cortan ese pan á hachazos y lo remojan en agua veinticuatro horas para poderlo comer; ¡hermanos míos, sed compasivos, pues ya veis cuánto se padece á vuestro alrededor!"

Como el obispo era hijo de Provenza, se familiarizó con facilidad con los dialectos del Mediodía de Francia y los hablaba bastante bien: esto agradaba al pueblo y contribuyó á ganarse las voluntades de la multitud. Sabia decir las cosas más elevadas en los idiomas más vulgares, y hablando todas las lenguas se introducía en todas las almas. Lo mismo trataba á la gente de mundo que á la gente humilde del pueblo. Nada condenaba con ligereza ni sin tener en cuenta las circunstancias, y solia decir: —Veamos el camino por el que ha pasado la falta.

Siendo un *ex-pecador*, como se calificaba á sí mismo sonriendo, no tenia ninguna de las asperezas del rigorismo, y profesaba en alta voz, sin hacer caso del

fruncimiento de cejas de los virtuosos intratables, una doctrina que podia condensarse en las siguientes palabras: "El hombre carga con la carne, que es á la vez su peso y su tentacion; la arrastra y cede á ella. Debe vigilarla, contenerla, reprimirla y no obedecerla más que en el último extremo. En esta obediencia puede, sin embargo, cometer una falta, pero la falta que así cometa es venial. "Es una caída, pero caída de rodillas, que puede acabar en oracion.

"Ser santos es una excepcion; ser justos es la regla. Errad, desfalleced, pecad, pero sed justos.

"Pecar lo menos posible es la ley del hombre. No pecar nunca es el sueño del ángel, pero todo lo terrenal está sometido al pecado. El pecado es una gravitacion."

Cuando veia que algunas gentes gritaban mucho y se indignaban pronto, decia sonriendo: —Parece que se trate de un gran crimen que todo el mundo cometa, y que las hipocresias asustadizas se apresuran á protestar y á ponerse á cubierto.

Era indulgente con las mujeres y los pobres, sobre los que recae todo el peso de la sociedad humana. Decia: —Las faltas de las mujeres, de los niños, de los criados, de los débiles, de los indigentes y de los ignorantes, son las faltas de los maridos, de los padres, de los amos, de los fuertes, de los ricos y de los sábios.

Añadia además: —A los ignorantes enseñadles todo lo que podais: la sociedad es culpable de no proporcionar gratis la instruccion, y debe responder de la oscuridad de las inteligencias. Si el alma sumida en las tinieblas comete un pecado, el que peca no es en realidad el culpable, sino el que no disipa las tinieblas.

Como se vé, tenia un modo extraño y peculiar suyo de juzgar. Sospechamos que lo habia tomado del Evangelio.

Oyó referir un dia en un salón los pormenores de un proceso criminal que se estaba instruyendo y que pronto debia sentenciarse. Un infeliz, por cariño á una mujer y al hijo que tuvo de ella, viéndose sin recursos, se dedicó á acuñar moneda falsa. En aquella época se castigaba aun aquel delito con la pena de muerte.

Prendieron á la mujer cuando estaba poniendo en circulacion la primera moneda falsa que el hombre fabricó: la prendieron, pero no resultaban pruebas contra ella; solo podia perder á su aman-

te declarando la verdad, pero la negó. Siguió la causa y se obstinó en la negativa: al final de la causa les ocurrió la idea de suponer una infidelidad al amante de dicha mujer, y se consiguió, por medio de fragmentos de cartas, hábilmente presentados, persuadir á la infeliz de que tenía una rival y de que aquel hombre la engañaba. Exasperada por los celos, denunció á su amante, lo confesó todo y todo lo probó. El hombre estaba perdido. El y su cómplice iban á ser juzgados en Aix.

Referían este hecho y todo el mundo admiraba la habilidad del magistrado, que, poniendo en juego los celos, obligó á la cólera á confesar la verdad, haciendo brotar de la venganza la justicia. El obispo, que habia escuchado silenciosamente, cuando concluyó la relacion preguntó:

—¿Quién va á juzgar á ese hombre y á esa mujer?

—El tribunal de justicia de Aix.

—Y dónde juzgarán al fiscal? repitió el obispo.

Ocurrió en Digne una aventura trágica. Condenaron á muerte á un hombre por haber cometido un asesinato. Este desventurado, que no era ignorante ni falto de instruccion, habia sido titiritero de feria y memorialista. Se ocupó de este proceso toda la poblacion. La víspera del día de la ejecucion del reo el capellan de la cárcel cayó enfermo, y era preciso un sacerdote para que asistiera al paciente en sus últimos momentos. Fueron á buscar al cura, que rehusó asistirle, diciendo que eso no le incumbia á él. Refirieron al obispo esta respuesta, y el obispo contestó:—*El señor cura tiene razon; eso no es de su incumbencia, sino de la mia.*

En seguida el obispo se presentó en la cárcel, bajó al calabozo del saltimbanqui, le llamó por su nombre, le dió la mano y le habló. Pasó todo el día á su lado, olvidándose de comer y de dormir, rogando á Dios por el alma del reo.

Le predicó las mejores verdades, que son las más sencillas, y fué para él padre, hermano y amigo, siendo solo su obispo para bendecirle. Le tranquilizó y le consoló. Aquel hombre iba á morir desesperado; la muerte para él era un abismo. De pié y estremecido en el umbral lúgubre de la tumba, retrocedia horrorizado. No era bastante ignorante para ser completamente indiferente, y su sentencia fué la rápida y profunda sacudida que en cierto modo rom-

pió aquí y allá en torno suyo el cercado que nos separa del misterio de las cosas, y que llamamos vida. Miraba sin cesar fuera de este mundo por aquellas brechas fatales y solo divisaba tinieblas fuera de él. El obispo le hizo ver la claridad.

Al siguiente día, cuando fueron á buscar al reo, el obispo aun estaba á su lado. Le siguió, presentándose ante el pueblo con el traje morado, con la cruz episcopal al cuello, junto al reo amarrado con cuerdas.

Subió con él á la carreta y tambien le acompañó hasta encima del cadalso. El reo, sombrío y abatido la víspera, se presentó animado y radiante, pero contrito. Su alma se habia reconciliado y esperaba en Dios. El obispo le abrazó, y al ir á caer la cuchilla, le dijo:—“Al que el hombre mata, Dios lo resucita; al que sus hermanos repelen, lo acoge el Padre Eterno. Orad, creed, entrad en la vida. El Padre está allí.”

Cuando el obispo bajó del patíbulo su mirada tenia un no sé qué de sublime que obligó al pueblo á abrirle calle. No sabian qué admirar más en él, si la palidez ó la serenidad. Al entrar en su humilde morada, que él llamaba sonriendo *su palacio*, dijo á su hermana: *Acabo de officiar de pontifical.*

Como las cosas sublimes con frecuencia son las que menos se comprenden, no faltó gente en la ciudad que dijo, comentando la conducta del obispo, que aquello *era afectacion*. Pero esto solo fué una frase de salon. El pueblo, que nunca supone malicia en las acciones santas, quedó enternecido y admirado.

La vista de la guillotina produjo en el obispo un choque tan terrible, que tardó mucho tiempo en reponerse de él.

El patíbulo, en efecto, cuando se le vé levantado y dispuesto, tiene algo que alucina. Se puede ser hasta cierto punto indiferentes contra la pena de muerte, no pronunciarse ni en pró ni en contra mientras no se vé la guillotina; pero al contemplarla, la sacudida que produce es tan violenta, que es menester decidirse y declararse en su favor ó contra ella. Unos admiran, como de Maistre; otros execran, como Beccaria. La guillotina es la concrecion de la ley: se llama *vindicta*: no es neutral, ni os permite que lo seais. El que la contempla tiembla con el más misterioso de los estremecimientos. Todas las cuestiones sociales presentan alrededor de esa cuchilla sus puntos de interrogacion.

El cadalso es una vision: no es un tablado, ni una máquina, ni un mecanismo inerte de madera, de hierro y de cuerdas. Parece que sea una especie de sér que tiene no sé qué sombría iniciativa. Parece que sus andamios tengan vista, que la máquina oye, que el mecanismo comprende, que la madera, el hierro y las cuerdas están dotadas de voluntad. En la meditacion espantosa en que sumerge al alma su presencia, el patíbulo se le presenta terrible y como teniendo conciencia de lo que hace. El patíbulo es el cómplice del verdugo: devora, come carne y bebe sangre. El patíbulo es una especie de mónstruo fabricado por el juez y el carpintero, un espectro que parece que viva una especie de vida abominable creada por todas las muertes que ocasiona.

El obispo quedó abatido al recibir esta impresion, que no se borró de su espíritu ni al día siguiente ni muchos días despues. Se desvaneció en él la serenidad casi violenta del fatal momento y le asediaba el fantasma de la justicia social.

Hacíase á sí mismo un reproche de aquel acto, él, que quedaba ordinariamente satisfecho de todas sus acciones. A intervalos hablaba consigo mismo y murmuraba á media voz lúgubres monólogos. Hé aquí uno que su hermana pudo oír una noche:

—No creia que eso fuese tan monstruoso. Es acaso una falta absorberse en la ley divina, hasta el extremo de no apercibirse de la ley humana. Solo á Dios pertenece la muerte. ¿Con qué derecho los hombres disponen de esa cosa desconocida?...

Atenuáronse con el tiempo esas impresiones en el obispo, pero acaso no se borraron en él por completo, y se observó que desde aquel día evitaba pasar por la plaza de las ejecuciones.

Podia llamarse á cualquier hora á monseñor Bienvenido á la cabecera de los enfermos y de los moribundos. No ignoraba que éste era su deber y su tarea más penosa. Las viudas y huérfanas no necesitaban llamarle; él acudia á visitarlas.

Sabia sentarse y estar callado horas enteras al lado del hombre que habia perdido á la mujer amada, ó de la madre que perdió á su hijo; y así como conocia cuándo debia callar, conocia tambien cuándo debia hablar. Era admirable y consolador; no trataba de borrar el dolor por medio del olvido, sino de agrandar-

lo y dignificarlo por medio de la esperanza. Decia:—“Conviene saber cómo se han de considerar los muertos; no hay que fijarse en la parte de ellos que se pudre, sino en la claridad viva que vuestro querido difunto destella en el cielo.”

Conocia el poder de la creencia, y aconsejaba y calmaba al hombre desesperado, fortaleciéndole en la resignacion, y transformando el dolor que contempla una fosa en el dolor que contempla una estrella.

V.

De cómo monseñor Bienvenido hacia durar demasiado tiempo sus sotanas.

La vida privada de Mr. Myriel era lo mismo que su vida pública. El que penetrase en ella veria el espectáculo grave y placentero de la pobreza voluntaria en que vivia el obispo de Digne.

Como todos los ancianos y como la mayoría de los pensadores, dormia poco; su breve sueño era profundo. Por la mañana rezaba una hora, y despues decia la misa, ya en la catedral, ya en su casa. Despues de la misa se desayunaba con pan de centeno mojado en leche de sus propias vacas. Despues trabajaba.

Los obispos tienen muchas ocupaciones; es preciso que reciban todos los días al secretario del obispado, que ordinariamente es un canónigo, y tambien tienen que recibir casi diariamente á sus vicarios. Tiene congregaciones que inspeccionar, privilegios que conceder, toda una librería eclesiástica que examinar, libros de misa, catecismos, semanas santas, etc.; pastorales que escribir, predicaciones que autorizar, curas y alcaldes que poner de acuerdo, su correspondencia clerical y su correspondencia administrativa; por una parte le ocupa el Estado y por otra la Santa Sede.

El tiempo que dejaban libre al obispo estos asuntos, los oficios y el breviario, lo dedicaba á los necesitados, á los enfermos y á los afligidos, y el que éstos le dejaban vacante lo destinaba al trabajo.

Hacia el medio día, cuando hacia buen tiempo, paseaba á pié por el campo ó por la ciudad, entrando con frecuencia en las casas pobres. Siempre iba solo, ensimismado, con la vista baja, apoyado en un baston grueso, con un traje morado entretelado, con medias del mismo color y con zapatos gruesos, y cubierto con el sombrero chato, por entre cuyas